



LAS GUERRAS APACHES

Entre 1861 y 1886, las praderas americanas se tiñeron de sangre por la lucha entre los nativos y el hombre blanco. El resultado de aquella contienda, la más cruel de EE. UU., fue el fin de una cultura.

ANTONIO ORTÍ PERIODISTA

LA CONQUISTA DEL OESTE



Las guerras contra los apaches duraron veinticinco años y marcaron la historia del suroeste americano y el norte de México. El cine y la literatura popular han descrito este período como una lucha palmaria entre el bien y el mal, aunque invirtiendo los papeles de los héroes y los villanos, según la mayoría de historiadores actuales. Es el caso de Paul Andrew Hutton, profesor de His-

toria en la Universidad de Nuevo México, autor de un libro reciente sobre estos sanguinarios enfrentamientos. A mediados del siglo XIX, cerca de diez mil apaches y un puñado de “ojos blancos”, como denominaban los “hombres rojos” a los primeros colonos estadounidenses, comenzaron a mantener relaciones amistosas. Al fin y al cabo, compartían enemigos: españoles, mexicanos e indios navajos. Sin embargo, según explica el

historiador Peter Cozzens, conforme Estados Unidos fue ensanchando sus fronteras (bien comprando decenas de miles de kilómetros de tierra a México, bien mediante los nuevos rifles Sharps y los revólveres Colt), el goteo de pesadas caravanas cubiertas de lonas blancas se convirtió en un torrente. Pese a ello, las tribus de indios nativos, que habían llegado desde tiempos inmemoriales a través de las Montañas Roco-

sas, siguiendo a los grandes rebaños de búfalos, nunca fueron capaces de unirse contra la expansión blanca. El resultado fue una guerra de guerrillas de baja intensidad, pero de una crueldad extrema.

Pillaje y guerra

Hutton explica que los apaches, pese a compartir nombre y lengua, vivían existencias aisladas que les impedían desarrollar algún sentido de unidad tribal.

Junto a estas líneas, Gerónimo (dcha.) con miembros de su tribu.

Abajo, fuerzas de caballería durante una campaña en 1885.

En la pág. anterior, el guerrero Cuchillo Negro, por John Mix Stanley.



“Los apaches eran demócratas puros, pues cada guerrero era amo de sí mismo”, escribe John C. Cremony en *Life Among the Apaches*, un libro de 1868. Por ese motivo, no tenían líneas de suministro, aldeas o fortificaciones, como tampoco un liderazgo centralizado. Su lealtad era antes a la familia que a su tribu o pueblo. Los apaches vivían del saqueo. Mangas Coloradas (como conocían los mexicanos a Kan-da-zis-tlishishen, por la sangre que manchaba sus mangas, bañadas en las heridas de los mexicanos que masacraba), Gerónimo (así llamado porque sus aterrorizados enemigos rogaban a san Jerónimo que los librara de él), Cochise (cuyo suegro era Mangas Coloradas) y los demás jefes apaches hacían una clara distinción entre el pillaje, una necesidad económica, y la guerra, casi siempre un acto de venganza.

Las incursiones para apoderarse de aquellas cosas que les interesaban (ganado, comida, tabaco, armas o licores) eran llevadas a cabo por pequeñas partidas que solían sumar menos de una docena de hombres. Su propósito no era matar, sino obtener botín o prisioneros (mujeres y niños) para canjearlos luego por ropa, comida o tabaco. Conscientes de que eran pocos, los apaches no eran temerarios. Después de todo, era posible

volver a por más ganado o prisioneros siempre que conservaran la vida...

El secuestro de Mickey Free

Uno de esos secuestros fue la cerilla (un regalo, por cierto, que los apaches apreciaban mucho y que envolvían cuidadosamente en piel de venado) que encendió la tensión latente entre los apaches y el ejército de Estados Unidos. Sucedió una nítida mañana de enero cuando un muchacho mexicano de doce años, de piel clara y pelo rojo, divisó una nube de polvo. Al poco, una docena de apaches, pintarrajeados y bien armados, entraron al galope en el rancho y se llevaron sus potros y reses. El chico se subió a un melocotonero para ocultarse, pero fue descubierto por el jefe de la tribu de los aravaipas, que, curiosamente, era tuerto como él. La cuestión es que los apaches no dudaron en llevárselo con ellos para educarlo según sus costumbres. En los meses posteriores, Johnny Ward, el padrastro de Mickey Free (como llamaron los hombres blancos a Félix, el muchacho mexicano raptado y personaje central del libro de Hutton), se quejó por lo sucedido, aunque más por el ganado que por su hijastro. Sus súplicas llegaron a oídos del teniente del ejército estadounidense George Bascom, quien dio



A la izqda., diligencia con escolta militar en Arizona.

A la dcha., líderes de diversas tribus indias reunidos en 1900.



una respuesta muy torpe, enviando una partida para engañar a un jefe apache llamado Cochise, que lideraba una banda diferente y siempre se había mostrado amistoso con los estadounidenses. Incluso prometió al teniente encontrar a Free y devolverlo. Pero Bascom tendió una trampa a Cochise en lo que parecía una reunión pacífica. Secuestró a su mujer, a su hijo de seis años, a su hermano, a tres jóvenes guerreros y a otro niño. Además, disparó a Cochise, hiriéndolo en una pierna, si bien consiguió escapar. El episodio acabaría dejando un reguero de sangre desde el río Pecos, en Texas, hasta Nuevo México y Arizona, entre 1861 y 1886.

Sin perdón

Los apaches rendían culto al guerrero y estaban obligados a seguir combatiendo para vengar a sus muertos. La palabra “piedad” no figuraba en su diccionario. El sentido indio de la justicia era que “el

inocente debe sufrir por el culpable”. En algunas ocasiones, los apaches ataban a sus prisioneros a un hormiguero y les abrían la boca para que los insectos pudieran entrar con más facilidad. También entregaban a familiares de los guerreros caídos algunos de sus cautivos para que los torturasen, y así apaciguar su dolor. Sin embargo, los apaches tenían un miedo casi patológico a los espíritus ambulantes de los muertos, por lo que no se atrevían a tocar a los caídos, ni siquiera a los de su propio pueblo.

“Los apaches nunca tuvieron la costumbre de arrancar cabelleras, pero, una vez los europeos introdujeron este horrendo acto, a veces lo practicaban”, afirma Hutton en su obra. Las mutilaciones apaches se redoblaron después de que los españoles ornamentaran las almenas de los muros de Tucson con cabezas de indígenas y después de que los estadounidenses rebajaran el cuero cabelludo (orejas in-

cluidas) de los apaches y exhibieran sus cabezas en público (como le sucedió a Mangas Coloradas tras ser asesinado). Para un apache, la aflicción del cuerpo era mucho peor que la muerte. Como reconoció Gerónimo al final de su vida, las mutilaciones que padeció su pueblo fueron “el peor de los agravios”.

“No seremos esclavos”

La incesante llegada de colonos arrastró hasta la Apachería, nombre que dieron los españoles al territorio que ocupaban Arizona y Nuevo México, a miles de hombres armados hasta las cejas, “para quienes disparar a un indio era lo mismo que disparar a un ciervo”, escribe Cozzens. Los apaches eran muy supersticiosos con animales como el coyote (su dios tramposo) o el búho (la reencarnación de los espíritus de los malvados). Los adultos, por su parte, consideraban a los osos un ancestro, por lo que raramente los caza-

Las mutilaciones padecidas por los apaches fueron el peor de los agravios

ban. Si un apache se topaba con un oso, le decía: “Márchate, abuelo”. Asimismo, nunca comían pescado. La carne de caza constituía gran parte de su dieta, especialmente la de venado, pero también la prolífica rata montera. Si el hambre apretaba, se comían a los caballos. Otro alimento que les gustaba era la bellota. Y, por supuesto, el mezcal, aunque su aguardiente preferido lo elaboraban con maíz. Respecto al tabaco, liaban hojas de roble.

Igualmente, eran muy aficionados a las competiciones, casi siempre acompañadas de apuestas. Los muchachos, por ejemplo, jugaban a correr hasta la cima de una montaña con la boca llena de agua para escupirla al regresar. La expansión hacia el oeste de los colonos situó el modo de vida ancestral indio entre la espada y la modernidad. Los apaches, un pueblo seminómada, pelearon para defender su forma de vida sabiendo que el combate estaba perdido de antemano, lo que explica que muchas tribus aceptaran colaborar con el vencedor. Sin embargo, Estados Unidos no logró que se integraran en una “civilización superior” ni que se convirtieran tampoco en “granjeros cristianos”. Un apache mezclero llamado Cadete resumió al capitán John C. Cremony su visión del mundo, frontalmente opuesta a la visión calvinista que imperaba ya entre los estadounidenses: “Empezáis a trabajar duro des-

de que sois pequeños y os esforzáis hasta que os hacéis hombres para luego emprender nuevas tareas. Construíis casas, embarcaciones y ciudades y todo lo demás. Y entonces, cuando lo habéis conseguido todo, morís y lo dejáis todo. Nosotros llamamos a eso esclavitud. Sois esclavos desde que tenéis uso de palabra hasta la muerte; nosotros, en cambio, somos libres como el aire. Nunca trabajamos, porque los mexicanos y los demás trabajan para nosotros. Nuestras necesidades son pocas y fáciles de cubrir. El río, el bosque y la pradera nos dan todo lo que requerimos. No seremos esclavos”. ●

Para saber más...

ENSAYO

COZZENS, PETER. *La tierra llora*. Madrid: Desperta Ferro, 2017.

HUTTON, PAUL ANDREW. *Las guerras apaches*. Madrid: Desperta Ferro, 2023.